

“Mi Mando en Cuba”

La política de Weyler puede condensarse en breves palabras: Desolación, deportación, reconcentración,

Segismundo Moret.
(Discurso Zaragoza).

Así titula el que fué General en Jefe del Ejército de operaciones de Cuba, don Valeriano Weyler, el primer volumen que parece dedicado á justificarse de los justos cargos que se le hacen.

El libro está plagado de errores, sobre todo en fechas. Nada de esto nos importa.

Aquí creíamos que el General iba á hacer revelaciones que nos dieran más luz sobre el período de su funesto mando. En este primer tomo no lo ha hecho; veremos si se decide á hacerlo en los sucesivos. Mientras tanto sería curioso que nos dijera cómo fueron robados todos los dueños de ganado, repartiéndose el dinero entre los socios del hampa ganadera, que más luego tramaron la combinación del “Nuevo Matadero”, compendio vergonzoso de aquellas desventuras.

La situación creada por Weyler, que se enardecía con las emanaciones de la muerte, era defendida aquí en Cuba por no pocos de los que hoy llegan á tener la audacia de llamarse patriotas ó auxiliares de éstos, desempeñando ahora cargos lucrativos en nuestro gobierno.

Don Valeriano, como le llamaban los serviles, necesitaba pisotear los sentimientos de la solidaridad humana, no con el brillo de la victoria de las armas, sino con el terror de su nombre y la crueldad de sus hechos; terror y crueldades que levantaron las airadas protestas de los gobiernos extranjeros.

La sombra de Weyler la hallaremos en Cuba aún en las más tenebrosas horas de la noche. Ha dicho un gran escritor francés: “Es una desgracia para un hombre dejar en pos de sí la sombra que tiene su forma”; y la del Marqués de Tenerife se proyecta sobre la oscuridad más negra con la silueta de un espectro, y tal parece que resuena en nuestros oídos la voz que desde ultra-tumba lanzan sus víctimas maldiciéndole en medio de ayes que hieren el alma.

Hagamos historia:

En los primeros días de Septiembre de 1897 la prensa de Madrid y la extranjera (periódico “Le Nouveau Monde de París”) publicó el siguiente telegrama transmitido por el cura de la Esperanza al Obispo de esta capital:

“Desde 1° de Julio todos los establecimientos están cerrados por orden del general Weyler. Ruego á su eminencia, en nombre de Dios, implore del Gobernador General de la Isla la derogación de dicha orden, pues de lo contrario todos los habitantes morirán de hambre.—JESUS MENDEZ.”

Esos mismos periódicos añadieron:

“El Alcalde de la Esperanza ha telegrafado al Gobernador Civil de Santa Clara, manifestándole: “Los enfermos están amenazados de morir de hambre y en situación gravísima. Centenares de mujeres y niños acuden á pedir de comer. No tengo recursos.”

Por esos mismos días, “La Patria” de Santiago de Cuba, al dar cuenta de un baile efectuado en el palacio del célebre Gobernador Don Federico Ordaz Aycilla, decía:

“La concurrencia fué espléndidamente obsequiada por nuestro Ayuntamiento, que hizo verdadero derroche de cerveza, cidra, vinos, helados, dulces y emparedados.”

Los sacerdotes pedían pan para el hambriento y miles de manos descarnadas se alzaban implorando piedad... mientras un flamante gobernador se divertía en su palacio, profusamente iluminado, donde tocaba una orquesta para alegrar los concurrentes, todo lo cual pagaba una Corporación popular mientras morían de hambre los reconcentrados.

El Alcalde Municipal de Güines, en vista de la difícil situación por que atravesaba el Municipio, sin tener recursos para dar algunas raciones á los infelices reconcentrados, vino á la Habana y se presentó al Gobernador General, exponiéndole lo ya referido. La contestación de Weyler fué lo siguiente: “Dice Vd. que los reconcentrados mueren de hambre? Pues precisamente para eso hice la reconcentración.”

Con esta respuesta regresó el Alcalde á Güines, contando, asombrado, á militares y paisanos que no había esperanza alguna de socorrer á los reconcentrados, porque el Gobernador General le había expresado lo ya expuesto.

Porrúa era su ómulo, que, con la Barrera, el gran cojedor, proponía al carnicero las deportaciones y asesinatos... Ariza y Pastoriza fueron de esas víctimas. Los hogares quedaron á merced de esos esbirros azuzados por los que los secundaban en privado, que no eran pocos.

*reconcentra
cuba*



Los que carecieron de recursos para emigrar, ó de valor para ir á la manigua y conquistarse el derecho de vivir en Cuba con la inmunidad del "presentado", buscaban la garantía de su persona en el delito: preferían la cárcel de su tierra á la libertad de Fernando Poo ó Chafarinas.

Les pareció estrecho el campo de las relaciones políticas para desplegar sus eminentes facultades. Los ñátigos les ofrecieron este campo. Inocentes y pecadores quedaron confundidos, bajo un mismo anatema, con la única diferencia de que algunos criminales se quedaron aquí, y no pocos inocentes mandados con verdaderos criminales, fueron enviados á las prisiones de África.

La Barrera, que por su conducta anterior de connivencia con los bandidos de Guanajay, había merecido los rigores del Código Penal Militar, fué el director de escena en todos los casos de deportaciones y asesinatos.

Actos de esta naturaleza y otros más abominables aún, son los que figuran en la cuenta corriente del autor de "Mando en Cuba".... del que decretó la Reconcentración, el incendio, la guerra sin cuartel, del que permitía que sus soldados murieran de hambre, porque, "al serrucho" con la Administración Militar, se quedaba con la mayor parte del dinero de las contratas, según públicamente se decía en Cuba y en España.

En contubernio con sus amigos de todos conocidos aquí en Cuba— nombró una Comisión para la compra de caballos en New Orleans, y todos se hicieron ricos. Entre ellos había cubanos que hoy son hombres de pro.

A medida que se iban condensando las sombras del terror, despertábase sobresaltado el instinto de todos los cubanos. El espíritu de reconcentrada ferocidad que respiraba cada "Bando", no dejaba lugar á dudas: el Carnicero estaba resuelto á restablecer la paz, destruyendo las propiedades y matando á los nativos. Cada hora que transcurría era un nuevo peligro, para los cubanos que no querían envilecerse.

Entonces vino la expatriación voluntaria. Los vapores no podían dar cabida á los que buscaban refugio en el extranjero. Viéronse las filas mambisas reforzadas, huyeron á las montañas mujeres y niños, y los hombres pacíficos, y en ellas las guerrillas y columnas españolas los macheteaban, trayendo algunos cadáveres á las poblaciones, como trofeo de guerra, y haciendo alto en la plaza pública les desataban las cuerdas que los asían al lomo del caballo y los dejaban caer sobre el pavimento, dándoles algunas veces puntapiés y dejándolos allí á la especulación pública. Estas eran instrucciones privadas que á viva voz se daban á las autoridades militares de toda la Isla, órdenes dimanadas del mismo Weyler.

Las cárceles y los presidios no eran suficientes para contener á los cubanos sospechosos. Los habitantes del campo fueron violentamente arrojados de sus míseros bohíos, para morir en informes montones, como cerdos en matadero mundo, en tanto que la estela enrojecida y el humo que, ennegreciendo el cielo, señalaban la extrema retaguardia del General invicto, que— ¡vergüenza da escribirlo!—aún tiene aquí admiradores.....

¡No es extraño! El se vió aquí rodeado de una corte de aduladores en su Palacio y en la Prensa. Estos tenían miedo y codicia, y por eso de rodillas incensaron al ASESINO manchado de sangre cubana.

¡Cuán diferente procedía el general Blanco en Filipinas!: allí redactó él una Memoria, cuyos párrafos son un juicio acerca de la misión de la autoridad en situaciones excepcionales, como las de la guerra.

Decía:

"La misión de la autoridad en estos casos, es, á mi juicio, bien clara. Castigar duramente á los traidores convictos de su crimen, nunca sacrificar sin pruebas, ni sentencias, á los que acuse la pasión ó el extravío de entusiasmos ardientes, que pueden ser hasta nobles, pero equivocados en sus juicios. Para ciertas gentes las pruebas de carácter y energía se dan fusilando á diestro y siniestro, á gusto del público, que suele ser apasionado, cuando es precisamente lo contrario: resistiendo todo género de imposiciones, y esa más que ninguna. Fusilar es muy fácil; lo difícil es no fusilar.

"En el calor de la lucha se puede ser sanguinario y hasta cruel; pero terminada ésta, no cabe otra cosa que la aplicación estricta del Código, que para eso se ha escrito. Ahí es donde se prueba la fortaleza y la energía."

Turena fué adorado por los suyos porque toleraba el pillaje, y le llamaron "el Bueno" porque dejó entrar á fuego y sangre el Palatinado. A Weyler le aplaudía la intransigencia, porque era émulo de Turena con los cubanos indefensos; pues con los que se batían en la manigua, con esos.... jamás trabó combate de verdad, y tanto es así, que mi ilustre amigo Rafael Fernández de Castro, al ser depuesto por Weyler del mando, le dedicó, en carta que dirigió á un alto personaje de la Corte de España, el siguiente párrafo:

"Al fin salió de aquí corrido y burlado ese esbirro, tiranuelo, "mal torero de invierno", que sólo ha gustado de lidiar con perros y banderillas de fuego á la res mansa, dando galletazos á traición á esta infortunada sociedad y dejándome con el deseo de saber si tenía bríos y coraje para algo más honroso que hacer presa en masa de inocentes y sangre en carne de infelices."

E. UBIETA.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA